

EL PENSAMIENTO.

SEMANARIO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES,

DEDICADO AL BELLO SEXO.



PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, trimestre..... 6 rs.
Provincias..... 7
Pagos adelantados.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. PEDRO PACHECO Y JUAN.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

REINA, 7, PRINCIPAL.

La correspondencia se dirigirá al Director.

SUMARIO

LAS NOVELAS, por D. Carmelo Gomez Garcia.—ASTRONOMÍA (Eclipses), por D. Enrique Galvez Holguin.—CARTAS CUERDAS DE UN LOCO, Ó CARTAS LOCAS DE UN CUERDO (continuacion), por D. Dio A. Valdivieso y Prieto.—ARTISTAS MURCIANOS (Zarcillo), por D. Ramon Ibañez y Abellan.—CELOS (poesia), por D. Tomás de Asensi.—EL ANGEL Y EL NIÑO (poesia, traduccion), por F. Torrecilla y Toledo.—VARIEDADES: ECOS DE LA SEMANA.

LAS NOVELAS.

Hay libro de ciencia lleno
que leen el malo y el bueno,
sacando diversamente,
el bueno, miel solamente,
y el malo, sólo veneno.

M. A. P.

Tienen los objetos sus diferentes fases, como la luna, y cada cual los examina bajo el punto de vista más conducente á sus propósitos. Así la moneda es para el comerciante un elemento poderoso del cambio, y para el químico, un metal; las campiñas para el economista, son fuentes de riqueza, y para el poeta, manifestaciones sensibles de la belleza física. De aquí, teniendo en cuenta el distinto criterio de los hombres, esa infinita variedad de juicios acerca de un mismo objeto. Y descendiendo al terreno que pienso recorrer, de aquí también las contradictorias apreciaciones que de las novelas se han hecho.

Unos, las consideran como fuentes de ilustracion; otros, las conceptúan perniciosas á las costumbres. Sin prejuzgar la cuestion, me limitaré á hacer algunas breves consideraciones acerca de ellas, para que cada cual, constituyéndose en juez, pronuncie el fallo que su propio criterio le dicte.

La aparicion de la novela responde á una necesidad del espíritu: la verdad, desenvuelta en todas

sus manifestaciones, podrá llenar cumplidamente las exigencias de la razon; pero hay en el hombre dos facultades, la sensibilidad y la fantasía, que solo se alimentan de las bellezas derramadas en el mundo de lo ideal. Las elucubraciones filosóficas, son para las almas sencillas descarnados esqueletos, sombras que no se disipan, arideces que cansan. En cambio, las concepciones poéticas les halagan y deleitan, como esas ráfagas de armonía que se escapan del fondo de los bosques al sonreír el alba.

La novela, género épico-dramático, según el tecnicismo de la ciencia, reviste toda la pompa y galanura de la poesia, y ya sea *pastoril* ó *picaresca*, ya de *costumbres* ó *histórica*, por lo interesante del argumento, lo complicado de los incidentes y lo seductor de la forma, tiene cierta magia para los espíritus sentimentales.

¿Cuántos jóvenes, siquiera sean refractarios de la ciencia, no habrán pasado en claro una y otra noche, embebidos en la lectura de esas ficciones literarias? ¿Y cuánta inexperta niña, al sentir las primeras sensaciones del amor, no habrá ido á buscar en la novela el cotejo de lo que sentia con lo sentido por los fabulosos personajes de ésta?

En el sagrario de las familias medianamente acomodadas, pocas veces falta una novela.

Al arrullo de su lectura y al amor de la lumbre, suelen pasarse dulcemente las veladas de invierno. Así sucede, por lo general en los pueblos de corto vecindario.

Tan desarrollada está la afición á esta clase de lectura, que puede asegurarse que es el pan cotidiano de la juventud.

Ahora bien, abordando de lleno la cuestion, ¿son las novelas provechosas ó nocivas? ¿Aquila-

tan el espíritu, ó se oponen á su perfeccionamiento?

Hablarán por mí los que sostienen una y otra opinion.

Sin salir del campo de nuestra literatura,—dirán los que por ellas abogan,—vemos en la Edad Media la aparición de la novela pastoril, cuyo gusto se importa de Italia, pudiendo considerarse como padre de ella al napolitano Sannazaro. De este género son: la *Diana enamorada*, de Montemayor, en que el poeta expone algunos episodios de su vida privada; el *Pastor de Filida*, de Montalvo; el *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, de Balbuena; la *Arcadia*, de Lope de Vega, y otras cuya mision era inclinar los ánimos á la contemplacion tranquila de la naturaleza, ó tal vez apagar el rayo de la guerra, que durante la Edad Media fué amontonando escombros por todas partes.

Pero como quiera que las novelas pastoriles no eran claro reflejo de nuestra civilizacion, aparecieron despues las *picarescas*, género más conforme á nuestras costumbres y que más acentuadamente representaba nuestro espíritu nacional. Cuadros animados es lo que ofrecen, ostentando en afortunado maridaje las gracias más ingeniosas con las más felices agudezas.

Como notable, citan los autores al *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza.

Ricas serán las joyas literarias que apuntadas quedan; pero la que sobre todas descuella, como las soberbias pirámides en las llanuras de Egipto, es la inmortal obra del Manco de Lepanto, el *Quijote*.

La lectura de los libros de caballería, era altamente perjudicial y Cervántes, con las armas del ridículo, arranca de la sociedad tan perniciosa zizaña.

El *Ingenioso Hidalgo* vino á enriquecer el habla castellana, á regenerar las costumbres y á poner el más bello florón en nuestra literatura.

Si no existieran otros monumentos del género novelesco, cuyo estudio, fecundo en consecuencias, desarrollara en la sociedad el germen de la instruccion y la moralidad, bastaría el *Quijote* para dar un *mentís* á los que contra las novelas claman.

Convenimos con vosotros—dirán ahora los del opuesto bando—convenimos en los beneficios que las citadas obras y otras muchas, han reportado á los pueblos y á la literatura. ¿Pero podreis abogar con igual entereza y razonable fundamento por la generalidad de las novelas de nuestros dias? Ciertamente que no.

Abrid los ojos á la luz de la experiencia, y con la voz de la imparcialidad, manifestad lo que la razon os enseñe y la conciencia os dicte.

Hojeadas las páginas de una novela, ¿qué es lo que ofrece en su conjunto?

Tal vez la complicada trama de una série de aventuras, donde la virtud gime bajo la opresion del crimen; tal vez un laberinto, en cuyas encrucijadas se pierde la inocencia, corriendo desatentada por huir de la astúcia y la maldad, y dejando en la huida hechas girones sus vestiduras; tal vez, en fin, un extraordinario panorama, donde el ojo del observador contempla al fatalismo robando la libertad al hombre, al vicio medrando á la sombra de la imprudencia, y revueltas en confuso torbellino, las más asquerosas pasiones con los afectos más puros. Y esta variedad heterogénea, disfrazada con el ropaje de la belleza, respirando voluptuosidad, aturdiendo los sentidos y atrayendo á las almas como el imán misterioso de un cráter en cuyo fondo encontramos la muerte.

Indudablemente que el jóven encuentra en estos libros la llave para cerrar su corazon á los nobles sentimientos; halla medios ingeniosos para burlar la vigilancia de los padres y hollar la inocencia de las hijas; aprende argücias y sofismas para combatir las teorías más santas, y por último, se suministra de poderosos recursos para quebrantar las leyes y no enredarse en las mallas de la justicia.

Tambien está fuera de duda, que en estos libros ven las tiernas niñas descorrido el velo de ciertos secretos que debieran ignorar; en esas escenas en que la *dama huye del castillo feudal*, en *brazos de su amador*; aprende á sublevarse contra la autoridad paterna; allí encuentra modelos de astúcia que copiar; allí se amamanta en la hipocresía, y abriendo su alma á voluptuosas melancolías, allí contempla un mundo poetizado, que la hace suspirar por unas dichas imaginarias; y habituada de este modo á lo químérico, no halla hombre digno de su cariño y renuncia á la felicidad conyugal.

Esto y mucho más dirian los detractores de la novela.

Pero de las razones aducidas por unos y otros, ¿cuáles son de más peso?

Me creo en el deber de no emitir desembozadamente mi propia opinion. Solo recordaré, como oportuno, lo que consignó en un apólogo el autor cuyos versos me han servido de tema: «De una flor la serpiente saca veneno, la abeja dulcemiél.»

En una novela puede aprenderse algo bueno;

pero tambien de ella puede sacarse mucho malo. La predisposicion de los espíritus, la soberbia ó humildad de las inteligencias, el estado de creencias y sentimientos de los individuos, son circunstancias modificativas de los efectos que las novelas producen.

Si las leemos con prevencion y cautela, poco será el daño que puedan causarnos.

En verdad que se ha abusado mucho de este género literario; pero el abuso no es razon suficiente para que le condenemos.

De las leyes tambien se abusa y la ley es la garantía del orden, y la ley es el sosten de los pueblos, y la ley es la emanacion del mismo Dios.

CARMELO GOMEZ GARCÍA.

ASTRONOMÍA.

ECLIPSES.

A signis Cœli nolite metuere, quod
timent Gentes.

(Jeremías.)

Entre los fenómenos astronómicos quizás no exista uno que haya dado lugar á tan erróneas interpretaciones como del que al presente nos vamos á ocupar. La supersticion y la ignorancia de los antiguos pueblos, luchan contra el impetuoso torrente de la ilustracion é impiden que sus benéficos y saludables rayos penetren sus hogares; lucha tenaz y penosa, pero fructífera y humanitaria. Desoyendo la autorizada voz de la razon y de la ciencia, prestan oídos á mil absurdas fábulas y supercherías aquellos pueblos rudos, atribuyendo á sobrenaturales efectos, causas cuyo principio les eran desconocidos.

El hombre, que rinde culto á lo maravilloso, que todo lo nuevo le conmueve y le impresiona agradablemente, y que ignoraba la causa natural de esa privacion momentánea de luz que los geógrafos denominan *eclipse*, echa á volar su imaginacion en alas de su fantasía y cree encontrar en este suceso motivo de terror. Extraño parece que aquellos pueblos, que presencian las frecuentes repeticiones de este espectáculo, á veces la casi instantánea reaparicion de la luz interceptada por el cuerpo opaco, y el ningun resultado funesto que aquel acontecimiento les producía, no les hace confesar su error y tranquilizarles, mirándolo con ánimo sereno.

Y no se crea por esto que las ciencias astronómicas fuesen desconocidas en la antigüedad, pues- to que los griegos, instruidos por los egipcios, ob-

servaron eclipses 600 años antes de Nuestro Señor Jesucristo, y en los anales de la China se lee, que muchos siglos antes de la era cristiana presenciaron una conjuncion de Saturno, Júpiter, Mercurio, Marte y la Luna; sin embargo que el P. Martin Martiné refiere de los chinos, que para precaverse de los maléficos efectos de los eclipses promovian grande estrépito, dando muchas voces, con objeto de conjurarlo, no obstante haberles anunciado con anticipacion el día y aun la hora, personas instruidas en la Astronomía. ¿Y qué mucho que así suceda, si vates tan esclarecidos como Stersicoro y Pindaro cayeron en el error, tan comun en su época, de atribuir á hechizos ó encantos la oscuridad motivada por un eclipse, segun refiere Plinio? Y aun este último poeta, mártir de la ciencia y de feliz recordacion, segun nos refiere el doctísimo P. Feijóo, les tenia tanto miedo, que extendia su influjo hasta á los mismos brutos: *Namque defectum syderum et cæterce pavent quadrupedes.*

En la historia de la Media se refiere que Cíaxares, hijo de Fraortes, á quien la Santa Escritura llama Arphaxad, yendo á dar una batalla contra los Lídios, les sorprende un eclipse de sol y los dos ejércitos beligerantes, sobrecogidos y atemorizados de un fenómeno que no conocian, les hace deponer las armas y entrar en arreglos de paces.

El autor del *Teatro Crítico Universal*, anteriormente citado, menciona lo siguiente: los habitantes de Coromandel, pueblo situado en la costa S. O. del Indostan, atribuyendo á sus culpas y extravíos el eclipse de Luna, luego que le han advertido entran á lavarse en el mar, creyendo así expiar sus pecados, regenerándose por este medio.

Ignorando las verdaderas leyes del Universo pueblos tan cultos como Atenas, natural es fuera tenido como un impío el que intentase descubrir con sacrílega curiosidad los secretos de los dioses. Nada de extraño, pues, fuese mirada esta empresa como audaz y temeraria. Plutarco nos asegura que en su tiempo nadie se atrevia en Roma á explicar, sino secretamente, la causa natural de los eclipses por no atraerse la maldicion de los augures.

Un filósofo griego, Anaxágoras, gloria de la antigua Clazomenes, instructor y maestro de los insignes é inmortales Pericles, Eurípides, Sócrates y Temistocles, fué víctima de la envidia de sus contemporáneos, quienes acusándole de irreligioso, lograron fuese reducido á prision. Y toda su impiedad consistia en asegurar que los truenos, los temblores de tierra y los *eclipses*, no eran producidos por la cólera divina, sino por causas naturales;

no le vale la amistad y afecto de su discípulo Pericles, presidente á la sazón de la república, para ser condenado á un destierro.

¡Qué espectáculo tan triste y conmovedor ver á un venerable y decrepito anciano, encanecido en el estudio por los sufrimientos morales, y digno de respeto por sus virtudes, ser arrojado de Atenas como el más abyecto criminal, por sustentar hipótesis y doctrinas que más tarde los siglos unánimes habian de rehabilitar y justificar.

Más compasivos ó quizás más ilustrados, los habitantes de Lamprague rinden culto al génio de Anaxágoras; reconocen las dotes con que el cielo le habia dotado, y según se lee en *El Panteón Universal*, raya su admiración hasta el extremo de erigirle altares. Cicerón describe en estas breves, pero sublimes palabras, al filósofo griego: *Máxima fuit et gravitas et ingenii gloria.*

Nicias, general ateniense, habiendo abandonado como irrealizable la idea de tomar á Siracusa, determinó evacuar la Sicilia, pero al verificarlo, sobrevino un eclipse de luna. Escrupuloso en extremo Nicias, y creyendo fuese esto un prodigio de funestos presagios, dispuso después de oír el parecer de los adivinos suspender la marcha, siendo esto causa, no sólo de su afrentosa muerte y la de su compañero Demóstenes, sino de la pérdida de la armada, abandonando y dejándose arrebatarse aquel pueblo marcial y valiente, en las playas de una nación enemiga, los laureles y la gloria logrados á tan alto precio.

De Pericles se cuenta que mandando la flota de los atenienses, acaeció un eclipse de sol el 3 de Agosto de 431; apodérase un pánico y terror tan grande de la tripulación, particularmente del piloto, que Pericles, para tranquilizarle, echó encima su capa ó manto, y tapándole los ojos, le preguntó si creía funesta aquella oscuridad.—No, contesta el piloto.—Pues sin embargo, esto es un eclipse para tí, diferenciándose del que estamos presenciando en este momento en que siendo la luna más grande que mi capa, el sol oculta á mayor número de personas.

Los sacerdotes de la antigua Grecia imbuían al pueblo la creencia de que los eclipses de luna eran originados por las entrevistas amorosas del joven y hermoso pastor Endimion con la casta Diana, en honor de cuya deidad se levantó el magnífico y sorprendente templo de Efeso, tenido por una de las siete maravillas del mundo, y siendo más tarde pasto de la voracidad de las llamas, poniéndole fuego un pastor llamado Erostrato, ávido de adquirir la gloria de la inmortalidad.

Hablando de eclipses no quisiera pasar en silencio lo que acerca de ellos habla Gerónimo Cardan, sábio matemático del siglo XVI, que no sólo no cree son perjudiciales, sino que los conceptúa favorables á nuestro planeta:

«Siendo, dice, necesario el calor para conservar la vida de los animales y las plantas, entre los siete planetas sólo uno fué criado de naturaleza fría, que es Saturno. Pero no pudiendo un sólo planeta frío corregir el ardor que ocasionan seis planetas calientes, para que en el discurso del tiempo no fuese abrasado el mundo, dispuso Dios que de tiempo en tiempo hubiese eclipses, los cuales refrescasen la tierra.»

No debemos dar todo el valor que se merece esta doctrina, pues Cardan en otra parte asegura que si el eclipse de sol sucede estando las mieses en flor, aquel año no tienen grano las espigas.

Ciertamente que esto parece estar poco en armonía con lo que anteriormente habia dicho, pero esto no sorprenderá teniendo en cuenta la desahogada imaginación y carácter extravagante y exagerado del hábil algebrista.

Los turcos y los persas, con objeto de contrarrestar el influjo de los eclipses, tapan cuidadosamente las fuentes públicas, y creen impedir su nocivo ambiente.

Agato, rey de Siracusa, guerreando en África, vió estender el espanto y terror entre sus tropas con motivo de un eclipse, pero presentándose de pronto á sus soldados, los tranquilizó explicándoles la causa de aquel fenómeno celeste.

Triste es ver á naciones que se precian de cultas profesar doctrinas y teorías tan absurdas; triste es considerar el estado tan deplorable en que se hallaban las ciencias astronómicas, y de cuyos errores participasen varones tan ilustres como Alejandro Magno, de quien se relata que al tiempo de empeñar una batalla se atemorizó con la aparición de un eclipse de luna, disponiendo sacrificios á los astros y á la tierra.

El siglo XIX es el siglo de los grandes acontecimientos; el vapor y la electricidad señalan el apogeo de la moderna civilización; los adelantos en artes y ciencias son el emblema del progreso humano, y algunos, si no con escrupulosa exactitud, al menos con alguna oportunidad, exclaman: «Siglo de las luces... ¡Y sin embargo, hay tanta oscuridad!

Nosotros, que creemos haber llegado al *nom plus ultra* de la civilización, seremos tal vez repriminados por futuras edades.

Hoy, como ayer, imperan las supersticiones,

si no tan hondamente arraigadas, de un modo har-
to lastimoso al ménos. Hoy, como ayer, los eclip-
ses son tenidos por el vulgo como precursores de
desgracias, y se recuerda con terror que la prema-
tura muerte de un príncipe, la azarosa época de
guerra, hambre ó peste, coincidió con la presencia
de un eclipse. La última vez que nuestra vista
fué sorprendida con el brillante fenómeno de la
aurora boreal, tuvimos ocasion de presenciar el
lastimoso efecto que produjo en personas poco
doctas. Muchas figurábanse ver en éste, el más be-
llo de los meteoros ígneos, la sangre profusamen-
te derramada en el campo de Marte por galos y
germanos; ora creían ver próxima la aparicion del
terrible azote ariato; ora esperaban con ánimo azo-
rado la cercana destruccion de la humanidad.
Unas y otras, abrigando pueriles temores, conti-
nuaban creyendo ver un aviso del cielo. ¡Cómo si
Dios, en su infinita sabiduría y omnipotencia, ne-
cesitase para presagiar al linaje humano y casti-
garle, recurrir á los fenómenos celestes! ¡Oid al
Señor, que dice por boca de Jeremías: «No temais
las señales del cielo, como hacen los gentiles!»
Pero la voz de Dios se pierde con su eco, y la del
fanatismo, por desgracia de la humanidad, halla
siempre acogida en la ignorancia.

ENRIQUE GALVEZ HOLGUIN.

SEGUNDA CARTA.

EN LA QUE SE LEERÁ LO QUE DE INTENTO SE ESCRIBIÓ.

Post-data supra-escrita.

(Continuacion.)

Pero estoy loco, rematadamente loco; esto no es
posible; los átomos que entran en la composicion de
mis sentidos, las moléculas que ven, oyen, huelen,
gustan y tocan cuando vivo, ni tocan, ni gustan, ni
huelen, ni oyen, ni ven, ni pueden ver, oír, oler,
gustar y tocar cuando muero, porque son medios de
que se sirve nuestro espíritu cuando está enlazado
con la mundana forma para comunicarse con el mun-
do externo, deleznable materia, como lo son nuestros
sentidos.

El espíritu es quien vé, quien oye, quien huele,
quien gusta, quien toca, quien, héroe de sí mismo,
se esclaviza á la materia para contemplarla, porque
sólo materia es cuanto nos rodea y contempla á tra-
vés de esas delicadas tramas orgánicas que forman
nuestros sentidos, aunque no me parece cuerdo que
el espíritu, superior á la materia, se encarcele en
ella para contemplarla, dependiendo de su vida fun-
cional, como la perfumada flor depende de los nutri-
tivos jugos del tallo, dependencia que es una imper-

feccion, y mucho más cuando él realmente vé, oye,
huele, gusta y toca.

Si á esto añadimos que el espíritu, que es perfec-
to por su origen, se aísla en la materia, que es lo
imperfecto en su fin, y se somete á los errores que
ésta padece al comunicarse con su mundo, en donde
el espíritu no encuentra relacion alguna con los de-
más espíritus, porque le separa la barrera que dá
forma al hombre, nos parece injustificada é innece-
saria la existencia de la materia, lo que es una grave
acusacion al Supremo Hacedor, cuya suprema sabi-
duría no ha creado nada injusto ni innecesario.

Pero si el espíritu vé, oye, huele, gusta y toca,
me confundo más y más, estudiando el por qué
siendo perfecto, libre de todo error, es imperfecto al
percibir nuestras sensaciones, viendo, oyendo, olien-
do, gustando y tocando, lo que, ó no existe, ó exis-
te en otra forma distinta de lo que vé, oye, huele,
gusta y toca; y mucho más me confundo al notar que
la imperfecta materia es la causa única de tan mun-
dano engaño: la refraccion luminica y la reflexion
acústica se burlan de su perfeccion, haciéndole ver
sol donde no existe, y voz donde no se produce; en
órden á los demás sentidos sucede lo mismo.

Esto parece demostrar que si el espíritu no se en-
gaña, es engañado por la materia, mayor defeccion,
absurdo evidente, si no olvidamos el origen de aquel
y el de ésta, dándola al mismo tiempo una accion
sobre el espíritu que le inutiliza y le hace inferior á
ella. ¿Percibe ó no las sensaciones? Si las percibe, ya
inmediatamente ó mediatamente á través de la ma-
teria, sus percepciones son imperfectas, lo que equi-
vale á negar relativamente su existencia, que es la
perfeccion, y si no las percibe, la negacion es abso-
luta, fatal, incontestable.

Pero estoy disparatando; creo estar más cuerdo
cuando más loco estoy; el espíritu existe; la materia
no puede pensar, ó al ménos nadie lo demuestra, y
no solamente piensa, sino que tiene ideas innatas, y
por consiguiente, inmortales, porque lo innato es
eterno, lo que prueba á su vez que nuestro espíritu
siempre ha existido, porque la parte no puede existir
sin el todo de quien depende, lo que es un gran con-
suelo, á pesar de que no tengamos la retentiva sufi-
ciente para ver nuestro pasado, nuestras metamórfo-
sis y trasformaciones en la materia; defecto grave
que anula nuestra inmortalidad, porque existir sin
conocimiento de nuestra existencia, es no existir; es
la nada, si es que la nada existe.

Sin embargo, en las horas de soledad, en las ho-
ras de meditacion y recogimiento, despues de leer
algunos párrafos de historia antigua, siento en mi
sér la impresion de gratos recuerdos, como si me
fueran conocidas sus épocas y hubiera intervenido
en sus más grandiosos sucesos; siento en mí algo de
los héroes, y mucho de los patricios; mi corazon pa-
rece como que recuerda haber latido bajo la acerada
armadura de los guerreros, y mis pulmones haber
respirado bajo los amplios pliegos talaras de los
grandes sábios; y prosiguiendo en mi arrobamiento,
me parece tambien que en mí palpita algo de las
grandes damas, célebres por sus virtudes ó sus vi-

cios, reminiscencia que, á pesar de todo, maldita la gracia que me hace.

Díge á pesar de todo, y es un solemne disparate, si es que puede ser un disparate solemne, porque entre espíritus no debe existir sexo fuerte ni sexo débil, hembras y varones, imperfección que sólo es propia de la materia para que pueda multiplicarse en sus cambios de forma; la dependencia de los sexos no puede existir en el espíritu, porque es perfecto, y la dependencia es la imperfección; este argumento me tranquiliza completamente acerca de mi pasado; ya no me importa haber sido varón ó hembra.

Pero—y este pero es, lectores, de suma importancia;—pero, repito, si los espíritus son iguales en sus atributos y manifestaciones; si el espíritu al tomar forma en la materia puede moldearse en hembra ó varón sin que en nada su esencia varíe, ¿por qué el hombre ha de tener privilegios sobre la mujer, cuando ambos en espíritu son iguales? ¿Por qué desde los tiempos más remotos la mujer es sierva del hombre, si la esencia de ambos es idéntica, es igual en su calidad, cantidad é intensidad, si es que pueden tener estas cualidades los espíritus?

Estas preguntas antecedentes me trastornan por las consiguientes respuestas; una de dos: ó el espíritu no es igual, ó el espíritu cede á la materia; si no es igual, por lo ménos uno de los dos es imperfecto, porque en lo perfecto no cabe el más ni el ménos, en cuyo caso en la mujer residiría la imperfección; pretencioso absurdo, error evidente, argucia masculina é inadmisible por las razones anteriormente expuestas; si el espíritu cede á la materia, es hacerle superior á él, porque el ménos no puede con el más, ni la parte con el todo; además, que si así fuera, sería anular al espíritu, hacerle innecesario, conclusión que equivale á negarlo, lo que es más absurdo.

Hé aquí que ya no sé á qué atenerme; por eso quería saber si estaba loco ó cuerdo; creo que estoy cuerdo al crearme loco; las anteriores preguntas me trastornan, y me trastornan mucho más las posteriores respuestas; una y otra me conducen al mismo fin, que es una negación absurda, errónea, loca; ese fin no debe ser el fin lógico, el fin que las corresponde, tal vez por mi ignorancia; acaso por mis preocupaciones; quizá por mis intentos; de seguro por mi locura, á quien suspendo hasta otra por dar á esta fin.

Por la copia,

DIO A. VALDIVIESO Y PRIETO.

(Se continuará.)

ARTISTAS MURCIANOS.

ZARCILLO.

Corrían los primeros años del siglo XVIII cuando este gran hombre nació, y no pudo por cierto nacer en peor época que en aquella que marcaba el decaimiento y ruina de las *bellas artes* españolas. Solo tenía veinte años de edad cuando murió el autor de

sus días, y desde entonces, cabeza de familia, dueño de un taller, fué cuando *Zarcillo* empezó aquel género de vida que pública y privadamente le captaron universales simpatías.

Encargado de la manutención de su madre y cinco hermanos, parece difícil pudiera salir, como salió, airoso de su empresa, porque de él pendía la subsistencia de aquella numerosa familia. Se dedicó á trabajar con más ardor que nunca, y el noble estímulo de la gloria le alentaba en aquella espinosa y terrible senda. Convertido en un verdadero padre de familia, logró, á fuerza de trabajo, no sólo crearse una posición desahogada, sino que dió carrera á dos de sus hermanos, al par que un buen dote á su hermana Inés. Su casa fué un verdadero taller, y casi le era imposible cumplir con los que deseaban sus obras. Pero una cosa le faltaba, una cosa que es el objetivo de todo hombre verdaderamente artista, una cosa que forma parte de la esencia del que se siente poseído del génio: un viaje, en fin.

Roma; la que un tiempo fué señora del mundo; la grandiosa capital, que quizá porque en su seno se han verificado más trascendentales sucesos, guarda ese sabor tan clásico y dulce, tan bello y armonioso, era también la meta de *Zarcillo*; á Roma quiso dirigir sus pasos; á Roma quiso ir en busca de profesores, pero no logró su intento.

Trabajando sin cesar, logró extender su fama desde aquel apartado rincón al sálido de Felipe II, y este rey le llamó para dirigir los trabajos de las estatuas de nuestros primitivos reyes; pero *Zarcillo* no aceptó, no sólo por no separarse de su familia, sino porque en aquel tiempo otra cosa que el arte ocupaba su corazón. Por entonces, y después de haber casado á su hermana, se desposó él también con doña Juana Talbilla, y de cuya unión es inexacto tuviera aquella hija que ha dado á varios biógrafos de *Zarcillo* motivo para forjar leyendas, alterando la verdad histórica. *Zarcillo* quiso alentar en sus paisanos la afición á las *bellas artes*, y con tal objeto fundó una Academia, donde se inculcaran las primeras nociones de escultura; pero este templo, que debiera haber sido respetado por todos, fué destruido por la enemiga de sus compañeros, y perdió la capital por entonces aquel centro de enseñanza.

Por fin, y después de haber legado á su patria una colección de obras inimitables, murió *Zarcillo* en Murcia á la edad de setenta y cuatro años, siendo enterrado en el convento de Capuchinos de la misma ciudad.

Mil setecientos noventa y dos obras le atribuyen sus biógrafos; pero sin disputa alguna debe referirse esa suma á las ejecutadas en madera, exclusión hecha de unos doce retablos, en los que predomina el estilo *greco-latino*, y de las talladas en piedra.

Terminada la biografía de este gran hombre, surge una pregunta: ¿A qué escuela perteneció? Nosotros nos vamos á permitir responder, siquiera sea brevemente, con el único y exclusivo fin de que al ménos en el fondo, den estas mal pergeñadas líneas una idea del escultor que nos ocupa.

II.

Frustrados sus proyectos de viaje á Roma, y falto en Murcia de modelos que imitar, fácil es deducir la escuela á que pertenecía; tuvo, pues, que avenirse con lo que buenamente le diera su patria; pero contaba para esto con dos poderosísimos recursos: su amor al trabajo y extraordinaria facundia.

Zarcillo además, poseía, no sólo un completo dominio sobre el material, no solo ese exquisito gusto, excesiva penetración y feliz inventiva, con las que todo artista puede imprimir á sus obras lo que crea su fantasía, sino que tenía también un rico caudal de conocimientos. Nuevo Miguel Angel, poseía la ciencia anatómica en sus últimos detalles, y de aquí que sus obras resultasen, no solo modelos, sino con aquella verdad que aún en medio del idealismo más exquisito nos acerca insensiblemente á la realidad de la vida.

Si Zarcillo hubiese sido dramaturgo, hubiera implantado en nuestra escena la comedia realista, y todos la hubieran aceptado como el idealismo se acepta y aceptó.

Zarcillo era realista, sí, nadie lo duda: sus obras llevan ese tinte que si en otros es defecto, es grandeza en él. Miguel Angel, por ejemplo, se excedía en ocasiones, pero Zarcillo moderaba los ímpetus que su génio comunicaba al cincel, y haciendo una feliz amalgama de esos dos géneros, hasta entonces tan opuestos, presentaba á los inteligentes sus correctas obras para que las admirasen. Imitador genuino de la naturaleza, se abandonaba á su númen, dejándole vagar por lo infinito cuando lo juzgaba necesario. No imitó á nadie, repetimos, pues carecía de modelos, pero aun así logró crearse eso que con el nombre de *estilo* hace que se distingan las obras de un autor de las de otro; y que sus solas huellas denoten la existencia del génio. Así como Murillo dió vida á su *Concepcion*; así como Rafael creó el *Patsmo*, así dió á su patria Zarcillo un *San Gerónimo*. Y en efecto; nada mas grandioso ni sublime que esta imagen. En actitud de orar, manifiesta su rostro esa inefable dicha del que está poseído de misticismo religioso y sublime resignación. Si en conjunto es admirable esta obra, mil veces más lo es en detalle; ni una vena, ni una arteria, nada le falta; allí existen combinados de un modo admirable el realismo y el idealismo más puros, más exquisitos. Unos alemanes (1) ofrecieron seis millones de reales por esta obra, y los padres, dueños de aquella preciosidad, desecharon las ofertas de los extranjeros.

Uno de los pasos que recorren la ciudad de Murcia el día de *Viernes Santo* y que llaman *el beso de Judas*, contiene una figura de *San Pedro* en actitud de cortar la oreja á *Marco*, que mereció también idénticas ofertas por parte de los mismos alemanes, pero que fueron rechazadas de nuevo.

Pero en balde nos cansamos en enumerar las bellezas de las obras de Zarcillo; sobra esta ligera y breve idea para demostrar á qué escuela perteneció; en él

(1) *Historia del Convento de los Gerónimos*, de la Nos. Ms. del archivo del convento.

el idealismo era una cualidad accesoria, que dominándola perfectamente, sabía amoldarla á las exigencias del asunto y amalgamarla al realismo siempre que esto hiciera la obra más notable.

Es cierto que esta última predomina en él, pero lo es y más que todos abusaron, mientras que Zarcillo nunca excedió los límites de la verdad.

En él todo es naturalidad; nada de afectación ni amaneramiento; es el riachuelo que apacible y sereno fertiliza cuanto toca, no el impetuoso torrente que avasalla y destruye lo que se opone á su paso.

RAMON IBAÑEZ Y ABELLAN.

CELOS.

Sí, por qué he de negar que los desvelos
de mi inocente corazón de niño,
no tienen más origen que los celos
y el temor que me roben tu cariño

Celos, sí, de la rosa purpurina
que tus blondos cabellos engalana;
celos de la inocente golondrina
que suspende su nido en tu ventana;

Celos del ruiseñor, si te embelesa
con sus canciones en la noche oscura,
y de la brisa si tu frente besa,
y del arroyo si á tus pies murmura.

Celos de la tupida enredadera
cuyas flexibles hojas de esmeralda
se ocultan en tu rubia cabellera
enlazando á tu sien rica guirnalda;

Del cielo que en tus ojos embelleces,
del amor eterno mágico abismo;
y dejo de mirarte algunas veces
porque... hasta tengo celos de mí mismo.

TOMÁS DE ASENSI.

*

**

EL ANGEL Y EL NIÑO.

(TRADUCCION.)

Inclinado un ángel bello
sobre la cuna de un niño,
parecía contemplarse
como en las aguas de un río
de la criatura inocente
en los tiernos atractivos.

—Niño hermoso, le decía,
que eres á mí parecido;
no es de tí digna la tierra,
sube á los cielos conmigo:
nunca la dicha completa
brilla en su oscuro recinto;
entre los gritos de gozo
se oyen lastimeros gritos,
y en los voluptuosos días
se lanzan también suspiros.
¡Oh! ¿nublarán los pesares
tu frente de blanco armiño?
Y de tus ojos azules
¿se verá empañado el brillo
por la amargura del llanto
que vierten entre gemidos?
No, que á los campos etéreos

te vas á elevar conmigo,
pues la excelsa Providencia
te hace gracia, hermoso niño,
del tiempo que te restaba
sobre este suelo maldito.

Y así diciendo, las alas
agitó el angel divino,
y se lanzó presuroso
á la region del emíreo.
¡Pobre madre!... ¡Pobre madre!...
¡Ay de tí!... murió tu hijo.

F. TORRECILLA Y TOLEDO.

VARIEDADES.

ECOS DE LA SEMANA.

Mis queridas lectoras: Voy á deciros algo de la próxima semana pasada, aunque de un modo ligero, pero de cosa que os pueda interesar, tanto en sentido recreativo como utilitario; para ello os hablaré de vuestro traje más en moda, teniendo necesidad para cumplir con mi propósito que me acompañéis á los más concurridos paseos.

Muchos y variados son los trajes que adornan hoy á la mujer, pero el más elegante, y del que con especialidad me voy á ocupar, es el vestido Princesa: éste bien podemos llamarle el absoluto de la moda, pues le vemos en todas las reuniones, paseos y aun para casa, si bien de ricas telas para los primeros y segundos, ya modesta para los últimos.

Los ricos tegidos son los propios para tan elegante traje, pudiendo usarse liso ó con adornos; de todos modos no podemos por menos de considerarle de gran mérito.

Los adornos del traje Princesa pueden ser: echarpés encima con flecos ó con encajes, prendidos por grandes lazos; tambien pueden combinarse dos telas, una de terciopelo estampado, color violeta, y faya de igual tono; tanto el cuerpo como la falda es de faya, bajando un plaston de terciopelo desde la abertura del cuerpo, cuadrado, hasta la mitad de la falda, y terminando por un fleco, reuniéndose graciosamente por detrás con dos grandes echarpés de faya lisa, que termina por flecos; déjase ver por debajo del primer delantar de terciopelo otro segundo, presentando la misma disposicion, aunque más caida por detrás; y desde el último lazo lleva la cola postiza, de terciopelo. Las mangas son de igual tela.

Este es el traje que hoy se nos presenta á la vista como el más elegante, por más que las túnicas no dejan de figurar en el campo de la moda, aunque con algunas variaciones, y las vemos formar parte con el traje Princesa.

Para la cabeza poco os puedo decir hoy, por no haberse recibido nuevas formas. La capota con bridas de encajes se la ve en algunos teatros.

Los fichús sobre el traje que dejo indicado, son por lo elegantes muy recomendables.

UNA SUSCRITORA.

Ante una escogida concurrencia se inauguró el sábado el teatro de Cervantes, poniéndose en escena la preciosa comedia en tres actos y en verso, *Los lazos de la familia*, interpretada admirablemente por todos los artistas encargados de su ejecucion, distinguiéndose principalmente la simpática primera actriz señora Leon.

La compañía infantil fué, como de costumbre, muy aplaudida en las dos obras que ejecutaron con la maestría y habilidad de consumados actores.

ENIGMA.

Yo juego con la inocencia;
siendo débil venzo al fuerte;
tan solo me da la muerte
la calma de la prudencia;
y soy, para conclusion,
hermana de la traicion.

Solucion al enigma anterior: VEJEZ.

*
* *

CHARADA.

Por oír de tus labios
un dulce *dos*,
de tus gracias y encantos
voy siempre en pos.
Es mi tristeza mucha
cuando me ves;
pues tu esquiva mirada
me dice *tres*.
Cuando te llamo ingrata,
una contestas,
y de lo cual infiero
que me detestas.
No encontrando sosiego
me voy al *todo*,
pero no encuentro alivio
de ningún modo.

J. R. C.

Solucion á la charada anterior: MONJA.

ADVERTENCIAS.

Con motivo de no parecernos conveniente la insercion de anuncios en nuestro periódico, suprimimos la cubierta; pero como verán nuestros lectores, mejoramos en cambio las condiciones materiales del mismo.

Hallándose tan adelantada la publicacion de nuestro semanario, y no habiéndose remitido por muchos el importe correspondiente al primer trimestre, suplicamos á los que quieran ser considerados como suscritores lo verifiquen en el trascurso de la presente semana; de lo contrario no se les seguirá mandando.

EL ADMINISTRADOR.

IMPRENTA DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO.

Costanilla de los Angeles, 3.